

EL ESPACIO EN QUE LA SOCIABILIDAD SE DESARROLLA

Concepción Naval

Universidad de Navarra

cnaval@unav.es

1. Introducción

El fenómeno de la globalización tiene una amplia repercusión en la educación porque está relacionado con temas tan cruciales hoy en el panorama cultural y vital como los movimientos migratorios, los contextos multiculturales en los que la educación actual se lleva a cabo, las tensiones y conflictos consiguientes entre diversidad e identidad, y las demandas educativas que comportan (cfr. Yates and Youmis, 1998; Sartory, 2001; Bolívar, 2001; Pérez Juste, Touriñán, Bartolomé y García Garrido, monográfico *Bordón*, 2004 y Gurin, Nagda and López, 2004).

En mi interés por indagar, en este mundo globalizado, sobre el aprendizaje de la sociabilidad en la infancia, dentro del marco de la educación para la convivencia, me he encontrado con una cuestión candente en la investigación educativa, que es el estudio de las relaciones familiares. Aquí quisiera centrarme concretamente en una reflexión sobre el ámbito familiar como el espacio primario de desarrollo y educación de la sociabilidad humana.

Si nos preguntamos por algunos rasgos sobresalientes de la educación, y la reflexión que sobre ella se ha realizado durante el siglo XX en el mundo occidental, es probable que nuestra respuesta apunte entre otros a aspectos tales como: la promoción de la autonomía personal, los conceptos de autoridad y libertad, la importancia de las tecnologías de la información y la comunicación, el multiculturalismo y las cuestiones relacionadas con la identidad, así como la escasa atención a la transmisión de conocimientos que en algunos casos se ha dado en la escuela (cfr. Enkvist, 2000).

Pero si nuestra mirada se centra más en las últimas décadas podríamos decir con verdad que hay un tema estrella que brilla precisamente porque se siente su necesidad y su ausencia: la promoción de una educación que tenga en cuenta -más y mejor- los aspectos moral y cívico. Esta necesidad responde a la crisis de sociabilidad en la que estamos inmersos y que desde tan diversas perspectivas se ha denunciado. La sociabilidad (como muchos otros temas que con ella están vinculados) es una cuestión palpitante, ascendente, no sólo en el ámbito de la investigación educativa, sino en general en las humanidades y las ciencias sociales. Un problema que tenemos planteado actualmente en las relaciones humanas es que, en gran medida, nos ignoramos mutuamente o, dicho de otra manera: la fragmentación y la indiferencia (Touraine, 1997). Nos lamentamos de la escasa cohesión social que percibimos y ésta se nos presenta cada vez más dificultosa. ¿Qué explicación tienen si no, por ejemplo, los acontecimientos acaecidos en los suburbios de París, hace un tiempo, protagonizados por jóvenes parados, hijos de familias de inmigrantes que viven en situaciones marginales? ¿Qué nos ha pasado en el ámbito personal y comunitario, psíquico y social para llegar a ese punto?

2. Espacio y desarrollo de la sociabilidad

A nadie se le oculta que la disposición espacial de las cosas y las personas afecta a las relaciones interpersonales. Por supuesto, es el espacio social el que realmente importa, o lo que podemos llamar ambiente humano. ¿Cómo afecta por ejemplo el hecho de vivir cerca o lejos al tipo de relaciones que se establecen? Como apunta Simmel al hablar del espacio y la sociedad, “lo que tiene importancia social, no es el espacio, sino el eslabonamiento y conexión de las partes del espacio, producidas por factores espirituales” (Simmel, 1977, 644)¹. ¿Qué importancia tiene el espacio que hay entre nosotros para la formación de la sociabilidad?

Desde la sociología y desde la arquitectura se ha despertado una especial sensibilidad hacia aquellos temas que afectan a la sociabilidad, al espacio, al urbanismo. En el ámbito de la arquitectura, podemos apuntar a un movimiento

¹ Simmel, G. (1977). “El espacio y la sociedad”. En *Sociología, Estudios sobre las formas de socialización*. Vol. II. Madrid: Revista de Occidente, p. 644.

reciente promovido por Richard Rogers en Inglaterra. Este autor hace una propuesta de renacimiento urbano, basada en el lema “ciudades para un planeta pequeño” (Rogers, 1999)², teniendo en mente que los ciudadanos hacen las ciudades, pero también las ciudades hacen a los ciudadanos.

Denuncia así lo que desde la Sociología ya Simmel había señalado: la impersonalidad de las ciudades modernas. El desarrollo de las ciudades – explica Rogers– ha seguido una línea racionalista³ y este racionalismo espacial se manifiesta por ejemplo en: a) la desaparición de lo individual; b) la desaparición de lo casual; c) la desaparición de los rincones y curvas de las calles; y d) en que éstos son sustituidos por la línea recta, por la construcción según normas geométricas, que obedece a leyes generales.

Por contraste, podemos destacar, siguiendo a Simmel, cómo en los pueblos pequeños (años atrás, hoy día cada vez menos) las casas se conocían por su nombre propio, no por calles o números, como ocurre en las ciudades (se decía: es la casa de Pascua, Arnal, etc., señalando el apelativo por el que se conocía la casa o quizá el apellido de la familia que allí vivía). En las ciudades, en cambio, el procedimiento es impersonal, mecánico. La calle y el número de la casa significan sencillamente fijación espacial. Un grado mayor de despersonalización se muestra por ejemplo en los hoteles, en los que se es un número de habitación. La dirección de correo electrónico rompe la lógica de la localización espacial, pero refuerza el fenómeno de la despersonalización, porque está deslocalizada. No indica el lugar desde el que se está operando, enviando o recibiendo ese mensaje.

Rogers reclama, en primer lugar, que la ciudad sea un lugar de reunión para sus habitantes, y donde ellos quieran vivir. Algo bastante alejado de las ciudades modernas, en las que el ruido reinante es con frecuencia motivo para escapar lo antes posible, si se piensa en un tiempo de descanso. Por otro lado, la relación con los vecinos del propio edificio, por ejemplo, es en muchas ocasiones casi nula. Con los vecinos, lo natural es una proximidad; hay habitualmente una distancia, una indiferencia, quizá para no sufrir, en la que el

² Cfr. Rogers, R. (1999). *Towards an Urban Renaissance*. London: Urban Task Force, Taylor and Francis. Debo a À. Naval haber conocido la obra de este arquitecto.

³ Cfr. también Simmel (1977, 667-668).

individualismo moderno se pone de manifiesto. La proximidad tiene relación con el modo en que las personas nos percibimos unas a otras; de ahí que se imponga la distancia incluso física, para evitar esa proximidad sensible.

Estamos acostumbrados a una cierta distancia o incluso indiferencia respecto del que está más próximo, pero ajeno a lo mío, y a veces paradójicamente, gracias a las TIC, nos mantenemos en una estrecha relación con el que está más lejos. El fenómeno de las TIC (Internet, teléfono móvil, correo electrónico, por ejemplo), que sin presencia física generan presencia virtual, es interesante por la instantaneidad que aportan a las relaciones humanas: facilitan estar “conectados” desde los lugares más distantes y diversos.

La separación física, al principio, puede llevar a exaltar la intensidad en el trato, pero a la larga conduce (de modo habitual) a la indiferencia y al enfriamiento de las relaciones, porque falta el afecto que la presencia puede favorecer. Ahora bien –como apunta Simmel– la separación física no irrita tanto como los obstáculos morales que en una relación humana se puedan dar. Es muy significativa en este sentido la viveza con que aflora la reclamación que tantas veces se oye hoy, motivo de ruptura de muchas relaciones interpersonales duraderas, y que podría sintetizarse en una frase acuñada en el mundo anglosajón: necesito “my own space” (mi propio espacio).

Se pone así más el acento en la separación –en el fondo, en ocasiones, en el egocentrismo o en la cortedad de miras–, que en el contacto y en la comunidad, que supone sin duda otro modo de ver las personas y las cosas. Y esto conduce –denuncia Rogers– a la destrucción de la misma idea de ciudad inclusiva. Una muestra puede verse en el agrupamiento de negocios para maximizar los beneficios. Un ejemplo son las tiendas que se reúnen en los centros comerciales; éstos tienen “calles”, que son imitaciones de las calles reales, pero en las que falta la vitalidad, la diversidad y la humanidad de la vida urbana cotidiana. Si a las calles de las ciudades se les quita la vida comercial, pierden parte de su encanto, se convierten en tierra de nadie. Por supuesto, los consumidores acuden a los centros comerciales por la comodidad que suponen, pero al mismo tiempo anhelan la vida pública genuina, pisar las calles

de las ciudades, del barrio antiguo de la ciudad, aunque sólo sea durante el fin de semana (cfr. Rogers, 1999, 9).

El espacio tiene su importancia y no poca en la sociabilidad. Pensemos por ejemplo en el caso del extranjero (cfr. Simmel, 1977, 716-722)⁴: el que viene hoy y se irá probablemente mañana, a diferencia del emigrante que viene hoy y quizá se quede mañana. El extranjero se ha detenido aquí y se ha asentado entre nosotros; se ha incorporado a nuestro círculo aunque no proviene de él. Es miembro del grupo pero a la vez está en cierto modo fuera o enfrente, o al menos así se le ve o así se siente. Es próximo, pero de algún modo es lejano (cfr. Joseph, 1988, 74-75).

Este sentir ambivalente (próximo-lejano), de algún modo podemos experimentarlo en toda relación humana, que participa de los dos extremos. La cuestión es ¿en qué ponemos el acento?, ¿en lo próximo o en lo lejano? También puede verse esto que aquí se apunta en el fenómeno de una amistad que defrauda: lo que era próximo se convierte de repente (o probablemente poco a poco) en lejano; es como si el espacio que hay entre uno y otro, apenas perceptible en otros momentos, se hubiera convertido en un abismo.

De modo más general, podemos ver, como muestra de la relación entre espacio y sociabilidad, las cuestiones vinculadas con el fenómeno de la movilidad de los seres humanos⁵. Puede tratarse de traslados de pueblos enteros, como por ejemplo los pueblos nómadas, o traslados de algunos de sus miembros (familias o personas aisladas), pero que afectan no sólo al que se mueve, sino también a los que no se mueven, a los que se quedan o a los que les reciben.

Como casos concretos tenemos: las migraciones, un fenómeno tan frecuente en nuestra sociedad actual; las relaciones de amistad que surgen en los viajes (que dan la posibilidad de tratar con personas de culturas muy diversas de la nuestra); las reuniones de aquéllos que están habitualmente separados (encuentros familiares, fiestas); y también podríamos considerar cómo afecta el hecho de la permanencia en un lugar (sea de manera voluntaria

⁴ Cfr. Simmel, G. (1977). "Digresión sobre el extranjero". *Sociología. Estudios sobre las formas de socialización*. Vol. II. Madrid: Revista de Occidente, 716-722

⁵ Seguiré aquí ideas de G. Simmel (1977) en su volumen II de *Sociología*, pp. 701-716.

o forzosa) a la mentalidad y al trato entre las personas, en una sociedad como la actual en la que viajar es algo muy habitual. Todas estas circunstancias y muchas otras inciden de diversos modos en la sociabilidad, las relaciones interpersonales.

En el ámbito de una nación, una muestra de la importancia que el espacio tiene para la sociabilidad sería el caso, por ejemplo, de la decisión sobre cuál es la capital, o qué peso se da a cada área geográfica: ello genera unas relaciones concretas. Del mismo modo, en una sociedad las instituciones son unidades sociales que se fijan en el espacio y generan determinados tipos de relaciones entre sus miembros: la familia, la escuela, la universidad, la iglesia, etc., y tienen su localización espacial, su casa, su lugar de reunión.

En el caso de la familia esto tiene unas resonancias muy especiales si hablamos de educación y de formación de la sociabilidad. Es de ella de la que vamos a ocuparnos seguidamente como espacio que es cuna de la sociabilidad (cfr. Mallet, 2004, 62-89). “Uno de los problemas sociológicos más finos en el arte de la vida –dice Simmel– consiste en salvar, dentro de una relación muy próxima, los valores y delicadezas que suelen desarrollarse entre personas, cuando media entre ellas una cierta distancia, o se encuentran pocas veces, relativamente” (Simmel, 1977, vol. II, 696).

3. Ámbito familiar

La familia se presenta, al hablar de la formación de la sociabilidad, como el ámbito primario e imprescindible de desarrollo de las disposiciones sociales. Todo ser humano necesita de una familia. Esto implica a su vez que la etapa clave de desarrollo de la sociabilidad es la infancia, el momento de la experiencia de las relaciones humanas más inmediatas. Es el “primer ejercicio de entrada en la estructura formada por la pluralidad de las distintas personas individuales” (Guardini, 1997, 129).

El ámbito familiar es así el lugar de encuentro de todos los miembros de la familia. Pero para que lo sea, conviene considerar con cierto detenimiento qué entendemos por familia y cómo se manifiesta en la realidad cotidiana, superando visiones más bien funcionalistas de ella. La familia es un proyecto de amor que perdura en el tiempo y que surca la biografía de las personas

(Altarejos, Martínez, Buxarrais, Bernal, 2004, 89-136). Hay dos bases necesarias para constituir un grupo humano como la familia: el diálogo, que sería algo así como el espacio humano, y el afecto, que podría ponerse en relación con el tiempo humano. El tiempo humano supone la presencia de afecto, amistad, amor; en la familia se podría decir que de algún modo se sincronizan los tiempos.

Donati (1998) nos propone en esta línea una definición de familia como la relación social de total reciprocidad entre géneros y entre generaciones. La armonía familiar se centra en las relaciones que se establecen en ambos sentidos. Otros autores apuntan a la familia como “unity of interacting personalities” (cfr. Burgess, 1926, 3-9 y Burgess and Locke, 1953). La vida humana sería impensable sin esa relación con otros, ese convivir, en primer lugar en la familia en cuanto estructura o institución en la cual el ser humano se personaliza y se socializa; lugar propio y primario del devenir del individuo y de la sociedad. Somos seres individuales y relacionales al mismo tiempo: ambos aspectos se reclaman y ninguno de ellos es accidental. De ahí la importancia de la cercanía, de la confianza en el ámbito familiar, donde las relaciones básicas son el amor, la amistad, el diálogo, los afectos, etc. Cada familia es una red de “vinculaciones mutuas que se constituyen como resultado de un proceso de comunicación entre sus miembros” (García Ruiz, 1995, 179).

Sin relación con otras personas la vida no tiene sentido. La relación es, como muestra la experiencia, más importante que el proyecto personal llevado adelante a cualquier precio, a costa de la familia o de las amistades por ejemplo. Aquí surge de nuevo la necesidad de ese difícil equilibrio entre independencia y dependencia que en toda persona moralmente madura se plantea (cfr. Cohler and Geyer, 1982). Un ámbito familiar adecuado, supone unas relaciones familiares armoniosas.

Pero cuando hablamos de amor, conviene no llevarse a engaño. Bauman denuncia la existencia de un “amor líquido” ocasionado por la fragilidad de los vínculos en el mundo de hoy⁶. Un reto educativo para la familia podría

⁶ Cfr. Bauman, Z. (2005). *Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*. Madrid: Fondo de Cultura Económica de España. Dice en el prólogo: “este libro está dedicado a los riesgos y angustias del vivir juntos y separados en nuestro moderno mundo líquido”. La actitud del ser humano ante los

apuntarse así: ¿cómo generar vínculos duraderos? La alternativa cuando esta meta no se alcanza es la soledad. Aquí nos encontramos con una resistencia cultural, fruto del liberalismo, que está latente en el modo de entender las relaciones humanas. Se trata de una visión en la que los vínculos parece que quitan libertad.

Es experiencia común que estar juntos exige superar dificultades ordinarias y a veces extraordinarias. Exige conocerse, es decir, el conocimiento propio y mutuo. Pero también se necesita tener la convicción -aunque el cine, la televisión o la publicidad nos digan lo contrario a menudo-, de que las relaciones humanas, especialmente las más próximas, no son de “usar y tirar”, como de hecho sucede tantas veces en el mundo actual. Tampoco son objetos de transacción comercial -“si no queda satisfecho, le devolvemos su dinero”-, según la tendencia del consumismo imperante. Aproximarse así a los demás, y más en la familia, es seguir un camino que no lleva a ninguna parte.

Precisamente, el amor familiar -el reconocimiento y la aceptación de cada uno por lo que es, no por lo que hace- es el que abre a los demás, el que genera confianza, una actitud de apertura, de donación. Es fuente de sociabilidad⁷ porque de ese modo el niño se siente seguro y capaz de afrontar nuevos retos. Tratarse de ese modo manifiesta y a la vez suscita confianza en las personas por ser quienes son. Confianza, aunque en un momento determinado no respondan, fallen o cometan errores, porque siempre hay una verdad más profunda, más allá, que nos lleva a confiar: siempre hay esperanza de cambio, porque esa persona es libre.

La vida familiar, por otro lado, contribuye al cultivo de la interioridad de la persona humana, que es condición necesaria y primer paso para una educación de la sociabilidad. No hay verdadera exterioridad sin intimidad, que, podríamos decir, centra al ser humano y al centrarse lo pone en condiciones de darse, sin perder nada con ello, sino todo lo contrario (cfr. Polo, 1999, 27). Una

vínculos afectivos en el mundo actual se debate entre el impulso natural de estrechar lazos y el deseo de no estrecharlos en exceso para poder desanudarlos. El amor es amor líquido: hay una clara resistencia a la hora de consolidar vínculos.

⁷ “Es el amor familiar el que constituye inmediatamente procesos socializadores precisos y sostiene (en cuanto generalizable y generalizado) las orientaciones altruistas que pueden activarse en la sociedad externa a la familia” (Donati, 2003, 113).

vez más, el ser humano es un ser relacional, preparado para amar a los demás, capaz de donación de sí mismo, pero que necesita un entorno adecuado para actualizar esas capacidades. La familia es así ejemplo y es estímulo para las relaciones comunitarias más amplias, en un clima de respeto, justicia, diálogo, amor. La familia es el núcleo básico de la comunión entre las personas, porque en ella se trata y recibe a cada uno como persona, en función de quien es, no de lo que puede, tiene, vale o hace. Así la familia es escuela de vida, de trato humano y de amor; es punto de referencia para las demás sociedades y es, en definitiva, fermento de unión entre los seres humanos (cfr. Lorda, 1996, 157-164).

La misma experiencia de comunión y participación –como subraya Lorda–, que debe caracterizar la vida diaria de la familia, es su primera y fundamental aportación a la sociedad. Las relaciones entre los miembros de la familia se guían por un principio de gratuidad cuyo aprendizaje es fuente de sociabilidad, y base para sociedades más humanas, más personales. El único título de valor en la familia es precisamente la dignidad personal: ser padre, madre, hijo, hermana, etc. De entre todas esas relaciones hay una de especial relevancia para entender la educación: la filiación. Filiación y educación son dos realidades que entrañan relaciones comunicativas, así como una cierta dependencia. La necesidad de la comunicación nadie la pone en duda, al menos en teoría, pero en cuanto a la dependencia, la controversia es mayor. Como Laspalas señala, el individualismo moderno busca, en la medida de lo posible, eliminar de la filiación y de la educación “cualquier rastro de subordinación, lo que sin duda equivale a empobrecerlas, porque acaban siendo concebidas y planificadas, permítaseme la expresión, como dos técnicas ‘no invasivas’” (Laspalas, 2005). Misión imposible se podría declarar de antemano a este enfoque de la educación, que apunta a una utópica neutralidad. Es sentir común hoy que la educación es una práctica que se realiza en el marco de una tradición (cultura, lenguaje, etc.) con la que hay que contar, aunque sin quedar encerrada en ella; y que nos introduce en un modo de ver y entender el mundo.

Pero podemos plantearnos, ¿qué significa ser hijo? Una respuesta acertada podría ser confiar a alguien nuestra esperanza (cfr. Tischner, 1983).

¿Qué significa ser padre?, sería la pregunta siguiente: ser administrador fiduciario de la esperanza de otros, o dar a otros nuestra esperanza. Desde este punto de vista, podríamos decir que sólo educan quienes tienen esperanza y por eso suscitan esperanza. La tarea del educador, en tanto que debe ayudar a despertar a alguien, es importante, sin olvidar nunca que es el propio educando quien debe encontrar las razones para su esperanza personal. Así las cosas, la vida familiar idealmente aspira a ser acogida cordial, encuentro y diálogo, disponibilidad desinteresada, servicio generoso y solidaridad profunda. De este modo la familia es escuela de sociabilidad, no sólo ámbito de socialización. Esto no significa olvidar los problemas reales que hay para lograr tales objetivos, sino apuntar al fin que orientará las actuaciones.

Desde el sentido común y la observación sin prejuicios de la realidad social en la que estamos inmersos, no hay nada tan necesario y positivo para la formación de la sociabilidad de una persona como estar inserto en una familia. La normalidad afectiva requiere, y posibilita a la vez, un hogar. Esto no quiere decir que no existan disfunciones y problemas familiares, que son tan naturales como la armonía, sino que conviene saber reconducirlos, orientarlos, para saber sacar de ellos nuevas posibilidades de sociabilidad en la familia y lecciones para la vida en sociedad. La familia en este sentido no es sólo ni fundamentalmente un lugar o un espacio, sino un tiempo significativo en la vida de cada persona.

La ideología contestataria que hace unos años se dio y veía a una familia estable como algo “burgués” ya pasó de moda. La vida misma se ha encargado de hacer reflexionar sobre esas actitudes. En efecto, si se pregunta a los hijos adolescentes o universitarios de familias desestructuradas por lo que más desearían tener que no hayan poseído en su vida, contestan en su abrumadora mayoría que lo que añoran es una familia. Anhelan aquello de lo que han carecido: la presencia de unos padres en casa, su implicación en la atención y educación de sus hijos, la aceptación y cariño de esos padres entre sí y con los hijos, un trato personal y diferenciado, calidad en las relaciones interpersonales, pues la educación en la familia supone una acción conjunta (la intervención de una de las partes siempre origina efectos secundarios y a veces perturbaciones en el sistema). También les hubiera gustado tener cerca

a alguien que se atreva a corregir y corregirse cuando sea necesario, o sencillamente alguien con quien jugar. El valor pedagógico del juego estriba en que vincula los afectos a la actividad y es muy fructífero desde el punto de vista social, porque es un reto, un ensayo: en él se aprende a ganar y a perder, hay reglas que no impongo yo por mi capricho, sino que las tengo que aceptar y son necesarias para el juego.

De aquí se deduce sin duda la gran responsabilidad de los padres y la importancia de que se hagan cargo plenamente de sus hijos, de que tengan conciencia de la repercusión de sus actuaciones y omisiones, por pequeñas que parezcan. Tischner, en su libro *Ética de la solidaridad*, escrito en Polonia a la luz de los acontecimientos que estaba viviendo, previos a la caída del régimen comunista (1989), se plantea una pregunta que es válida para cualquier época histórica, aunque en esos años tuviera una especial trascendencia: ¿qué es lo que nosotros, padres, dejamos a nuestros hijos? Y responde: un estilo, una dignidad, unos valores clave cultivados y defendidos (cfr. Tischner, 1983, 122-127).

Por otro lado, toda tarea educativa que los padres realizan en la familia se basa en la persuasión, en su sentido más noble: tratar de persuadir en favor del bien personal y común mostrándolo como tal, moviendo a él, haciéndolo amable con el ejemplo propio. Pero esa persuasión se puede orientar por dos principios que marcarán dos estilos distintos de educar y de gobernar: persuadir mediante el miedo, o hacerlo a través de la esperanza de la felicidad (cfr. Tischner, 1983, 115-121). En el fondo está el tema de la motivación: extrínseca, intrínseca o trascendente⁸. El estilo de educar (también de gobernar) siempre manifiesta un concepto de ser humano.

El miedo tiene sus riesgos, que podemos calibrar muy bien observando cómo reacciona una persona asustada, y las dificultades que eso acarrea para educar en libertad. Habitualmente, el miedo genera retraimiento: al no sentirse respaldado uno no es capaz de asumir riesgos, de vivir con una sana autonomía. La frialdad en el seno familiar genera inseguridad y búsqueda de protección en otro lugar. De todos modos, el tema más interesante

⁸ Esta distinción la desarrolló J.A. Pérez López, profesor del IESE, Universidad de Navarra (cfr. Pérez López, 1991).

probablemente sea reflexionar sobre los puntos débiles del que utiliza el miedo como sistema: quizá el que asusta, en el fondo, también tiene miedo y por tanto hay que cuidar de él. La confianza en uno mismo es la base para confiar en los demás y genera optimismo.

Persuadir mediante la esperanza de la felicidad supone en cambio suscitar otra actitud. Una promesa genera una cierta ambición, una expectativa que mueve a actuar. Luego vendrá una reflexión crítica sobre las condiciones que se piden y si compensa o no el esfuerzo que exige su cumplimiento. Las promesas pueden generar acción, pero también, pueden causar pereza y cansancio, dependiendo de cómo se orienten y de qué tipo de motivación nos sirvamos; si es una motivación extrínseca, intrínseca o trascendente, en el decir de Pérez López.

Por último, al hablar de la familia como ámbito adecuado y primigenio de sociabilidad, podemos referirnos a la importancia que tiene buscar ocasiones de convivencia real entre sus miembros, para que se generen lazos sociales, para que la familia cumpla su misión de ser cuna de sociabilidad. Es algo tan sencillo como, por ejemplo, la importancia de tener un tiempo para comer juntos o para disfrutar de un rato de conversación. Enkvist destaca la importancia para los niños de algo tan elemental como tener un horario para las comidas, como base para su desarrollo social, idiomático e intelectual. En esos ratos de vida en familia el niño aprende a escuchar, a narrar su vida, a comportarse en grupo, que son pasos importantes para el desarrollo de su sociabilidad (Enkvist, 2000, 208-227)⁹. En la misma línea, Kass, en su sugerente libro *El alma hambrienta*, trata de los lazos sociales que se establecen durante las comidas familiares (e incluso antes de nacer, en el seno materno) (Kass, 2005, 104-105).

Si las personas de una familia viven así, se facilita la apertura a otras más lejanas, a través de lo que clásicamente se ha denominado hospitalidad. Una actitud que está en cierto declive en el mundo contemporáneo, porque nuestro estilo de vida ayuda poco a fomentarla¹⁰. Tenemos un cierto hábito que nos

⁹ Cfr. Enkvist, I., *La educación en peligro*, pp. 208-227 (cap. sobre la socialización).

¹⁰ Cfr. Kass, 2005, 172-173. “Curiosamente es el extraño y vulnerable el que nos recuerda la providencia, el que nos hace más agudamente conscientes de nuestro (relativo) privilegio, el que nos inspira gratitud y

lleva a tratar como respetable o valioso sólo lo propio o lo familiar, dejando fuera de nuestro horizonte lo que está más allá.

La hospitalidad “brota de esta percepción común de nuestra humanidad elevada pero menesterosa; refleja este reconocimiento autoconsciente y compartido de la vulnerabilidad y la dependencia mutuas, cuya advertencia queda encarnada en la primera institución que los hombres establecen para afrontar sus necesidades: el hogar (...). Así, la hospitalidad reconoce la necesidad y la generosidad, la vitalidad menesterosa y la autoconciencia humana y, sobre todo, la importancia de conservar pero moderar la distinción entre lo propio y lo ajeno. La hospitalidad es una de las costumbres civilizadas y civilizadoras que se encuentran en la base de la mayoría, si no de todas, de las comunidades políticas” (Kass, 2005, 180-181).

Sin embargo, hablar del ámbito familiar como lugar primario de desarrollo de la sociabilidad nos llevaría a considerar con el necesario realismo –aunque aquí no hay lugar para ello-, las disfunciones familiares o, dicho de otro modo, los retos que plantea a veces el proceso de socialización en la familia.

Pero decir que la familia es el ámbito primario de sociabilidad no es negar la posibilidad y la necesidad de otros ámbitos de socialización que son complementarios, como es el caso de la escuela. En nuestra época la escuela ha sido vista habitualmente como el ámbito fundamental de la educación, y ello desde un enfoque racionalista, que confunde educación y enseñanza y por eso a veces infravalora otros ámbitos educativos que son fundamentales.

Y junto a las relaciones familiares y a la escuela, también convendría traer a nuestra consideración las relaciones entre iguales (manifiestas en el juego y la amistad, y en estrecha relación con las TIC) que son hoy un ámbito destacado para la formación de la sociabilidad de niños y jóvenes, dada la gran importancia que tiene para ellos “estar con los amigos” (cfr. Naval, C., Sádaba, Ch., Bringué, X. y Pérez Alonso-Jeta, P., 2003). Así tendríamos una visión más comprensiva del espacio en que la sociabilidad se desarrolla.

nos urge a imitar la generosidad de la naturaleza y a aumentarla con nuestros propios actos de hospitalidad” (*Idem*, p. 175).

4. Bibliografía

Z. BAUMAN, *Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*, Fondo de Cultura Económica de España, Madrid, 2005.

A. BOLÍVAR, “Globalización e identidades: (des)territorialización de la cultura”, *Revista de Educación*, número extraordinario (2001), pp. 265-288.

E.W. BURGESS y H.J. LOCKE, *The family: from institution to companionship*, American Book, New York, 1953.

E.W. BURGESS, The family as a unity of interacting personalities. *The Family*, 7 (1926) 3-9.

B. COHLER y S. GEYER, “Psychological autonomy and interdependence within the family”, en F. WALSH (ed.), *Normal family processes*, Guilford, New York, 1982.

P. DONATI, *La ciudadanía societaria*, Ediciones Universidad de Granada, Granada, 1998.

P. DONATI, *Manual de sociología de la familia*, EUNSA, Pamplona, 2003.

I. ENKVIST, *La educación en peligro*, Grupo Unisón Editores, Madrid, 2000.

P. GARCÍA RUIZ, *El laberinto social*, EUNSA, Pamplona, 1995.

R. GUARDINI, *Las etapas de la vida*, Palabra, Madrid, 1997.

P. GURIN, B.A. NAGDA y G. LÓPEZ, “The benefits of diversity in Education for Democratic Citizenship”, *Journal of Social Issues*, 60 (1) (2004), pp.17-34.

I. JOSEPH, *El transeúnte y el espacio urbano*, Gedisa, Buenos Aires, 1988.

L.R. KASS, *El alma hambrienta*, Ediciones Cristiandad, Madrid, 2005

J. LASPALAS, “Filiación y educación en la paideia griega”. Conferencia en las III Jornadas de estudio sobre la filiación en los inicios de la reflexión cristiana. Madrid: Instituto San Justino, 2005.

J.L. LORDA, *Antropología*, Madrid, Palabra, 1996, pp. 33-64.

S. MALLETT, “Understanding home: A critical review of the literature”, *The Sociological Review*, 52 (1) (2004), pp. 62-89.

M. MARTÍNEZ, M.R. BUXARRAIS, F. ALTAREJOS y A. BERNAL, “Familia, valores y educación”, en M.A. SANTOS REGO y J.M. TOURIÑÁN (eds.), *Familia, educación y sociedad civil*, Universidade de Santiago de Compostela, Servizo de Publicacions e Intercambio Científico, Santiago de Compostela, 2004, pp. 89-136.

C. NAVAL, Ch. SÁDABA, X. BRINGUÉ y P.M. PÉREZ ALONSO-JETA, "Los lenguajes de las pantallas. Impacto en las relaciones sociales de los jóvenes y retos educativos" en M.T. ROMANÍA y M. MARTÍNEZ (eds.), *Otros lenguajes en educación* (pp. 175-224). Signo Impressió Gràfica, S.A., Barcelona, 2003.

R. PÉREZ JUSTE, J.M. TOURIÑÁN, M. BARTOLOMÉ, J.L. GARCÍA GARRIDO y otros, "La educación en contextos multiculturales: diversidad e identidad", monográfico *Bordón* (2004).

J.A. PÉREZ LÓPEZ, *Teoría de la acción humana en las organizaciones: La acción personal*, Rialp, Madrid, 1991.

L. POLO, *La persona humana y su crecimiento*, EUNSA, Pamplona, 1996.

R. ROGERS, *Towards an Urban Renaissance*, Urban Task Force, Taylor and Francis, London, 1999.

G. SARTORY, *La sociedad multiétnica: pluralismo, multiculturalismo y extranjeros*, Taurus, Madrid, 2001.

G. SIMMEL, "Digresión sobre el extranjero" y "El espacio y la sociedad", *Sociología. Estudios sobre las formas de socialización*. Vol. II. *Revista de Occidente* (1977), pp. 644 y 716-722

J. TISCHNER, *Ética de la solidaridad*, Encuentro, Madrid, 1983.

A. TOURAINE, *¿Podremos vivir juntos? Iguales y diferentes*, PPC, Madrid, 1997.

M. YATES y J. YOUMISS (eds.). *Roots of civic identity. International perspectives on community service and activism in youth*, Cambridge University Press, Cambridge, 1998.